

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

Capítulo XIII: El año de 1922
(1a. Parte)

I. CRÓNICA

1. ESTE AÑO de 1922 se celebró en España (8 de septiembre) el cuarto centenario de la vuelta al mundo por Juan Sebastián de Elcano, nativo de Lequeitio, el primero que *circumdedit orbem*, quien tomó el mando de la expedición de Magallanes cuando éste murió asesinado por los indios de la isla de Cebú y, doblando el cabo de Buena Esperanza, regresó a Guetaria con unos cuantos supervivientes, para depositar en la iglesia del lugar algunos despojos de su última nave. Cuando los centenarios de Cisneros y de Lutero, 1920, yo me había sentido cronista. (*Retratos reales e imaginarios* y cap. x de esta *Historia*). Esta vez, arrastrado por las ceremonias y en desempeño de mis funciones oficiales, me conformé con ser fotógrafo y envíe unas instantáneas de mi *Vest-Pocket Kodak* a la revista *Social* de La Habana.

2. España había presenciado con cierta inquietud la ausencia de Monseñor Tedeschini, Nuncio y Decano del Cuerpo

Por Alfonso REYES

Sánchez Guerra que, en partida de caza, había abatido ya a varias avutardas —las Juntas, la huelga de Correos, las autoridades de Barcelona— y ahora apuntaba sobre la última pieza: Millán de Priego; lo que no llegó a suceder. Se cerró la Universidad. Tuve que entregar a don Santiago Ramón y Cajal en acto privado el título de doctor Honoris Causa que la Universidad Nacional de México acababa de concederle. El 7 de diciembre, entraron los liberales a gobernar, bajo la presidencia del Marqués de Alhucemas. Sobre estos asuntos me remito a mis *Momentos de España* (artículos vii a xi inclusive, México, Archivo de A. Reyes, cuaderno E-3, 1947).

3. En tanto, don Ramón del Valle-Inclán regresaba de México y, puesto ya el pie en el estribo, ofrecía sus adioses a nuestra tierra y especialmente al indio,

en aquel poema, ¡*Nos vemos!*, que decía entre otras cosas:

*Indio mexicano,
mano en la mano,
mi fe te digo:
lo primero
es colgar al encomendero,
y después, segar el trigo.*

4. El 22 de junio, en carta al Dr. Ramiro Tamez, entonces Gobernador de Nuevo León y mi antiguo camarada del Colegio Civil (publicada en *El Porvenir*, Monterrey, 20 de julio de 1922), yo le había anunciado el próximo envío de una fuente de azulejos, encargada a los alfareros Montalván (Triana, Sevilla), obsequio que yo deseaba ofrecer a mi ciudad natal para sustituir la vieja Pila de Degollado. La nueva fuente, ya muy desmeдрada, se halla en el sitio donde la avenida Hidalgo se abre en "y griega" y desprende en uno de sus brazos la avenida Morelos. Presiento que pronto tendremos que sustituirla, esta vez con azulejos poblanos.

II. TRES ACTOS PÚBLICOS

En tres actos públicos tuve una intervención especial, de que han quedado rastros en algunas páginas de mis libros: la inauguración de la Glorieta de Rubén Darío, la presentación de un mensaje al Ayuntamiento y la inauguración del curso del Ateneo.

1. La Glorieta Rubén Darío (antigua glorieta del Cisne, donde está —¿o estaba?— la estatua de Lope de Vega) fue inaugurada por el alcalde-presidente el 12 de octubre de 1922, Fiesta de la Raza. El Decano diplomático hispanoamericano, que lo era el ministro de Cuba Mario García Kohly, delegó en mí el discurso oficial a nombre de los representantes de nuestra América. Mi discurso ("Rubén Darío, genio municipal") consta en *Los dos caminos*, cuarta serie de *Simpatías y diferencias*, Ob. Compl., iv, pp. 318 y ss.), precedido de una breve nota sobre "Mi Fiesta de la Raza" y seguido por otra nota más breve: "Si la sonrisa fuera un gesto oficial..." Nueve días después del acto, aparecían estos comentarios en la prensa:

Unas discretas palabras del alcalde-presidente y, acaso por primera vez en pública circunstancia de este orden, un discurso digno de perdurar: el de don Alfonso Reyes, representante de México, portavoz de América en la ceremonia. ¡Generosas palabras! (*Transcribe una apreciación de España y continúa*). Traza después don Alfonso Reyes la evolución de las relaciones hispanoamericanas y cifra en Rubén Darío su definitivo encauzamiento de comprensión cordial. (*Nueva transcripción*). Ya tiene, pues, Darío, su conmemoración madrileña, que si sólo hubiera servido para dar ocasión a los transcritos conceptos, ya podría darse por bien lograda. Hay, en lo expresado por Reyes, con un fondo de absoluta verdad, mucho que todavía no pasa de aspiración. Pero estamos, ni siquiera se puede dudar, en el buen camino... (E. Díez-Canedo, "Letras de América: Rubén Darío", *España*, Madrid, 21 de octubre, 1922).

...Era temible, por tanto, la elección de quien afrontara la obra de Rubén Darío en ere instantánea en que Madrid le consagraba un lugar amable de su siglo xix, invadido por la clara renovación de la época actual. Pero América elige bien sus representantes. La diplomacia hispanoamericana se confía a los escritores, a los artistas, como Europa hacía en otro tiempo. Y ello da de antemano la garantía intelectual, no siempre segura en los casos recíprocos. Así, en la capital de España, América ha tenido ahora su acento justo en Alfonso Reyes, En-



Fiestas de Elcano. Guetaria y Los barcos empavesados

—Foto A. Reyes

Diplomático, al regreso de la Corte a Madrid después del veraneo regio (comienzos de octubre); pero la presencia del Nuncio, que no se hizo esperar, acallaba ciertos rumores de la prensa. Poco después, por todo el mes de noviembre y hasta fines del año, cundió la alarma política causada por el "expediente Picasso" —sobre responsabilidades en los desastres de Marruecos—, por cierto discurso en que Romanones parecía reclamar que se entregara de nuevo el poder a los liberales, entonces en manos de los conservadores, y por el duelo abierto entre las Juntas Militares de Defensa (muy pronto suprimidas) y el jefe del Tercio Extranjero en África, teniente coronel Millán Astray, que al fin dimitió. Hubo manifestaciones estudiantiles y desórdenes, y hubo víctimas de cuya muerte se culpó al director de seguridad, Millán de Priego. Una caricatura de Bagaria, en *El Sol*, representaba al presidente del Gobierno,



Visitantes de Elcano. El rey Alfonso XIII y el alcalde de Guetaria.



Fiestas de Elcano. Maceros en traje de época

—Foto A. Reyes

cargado de Negocios de México. Hizo surgir Alfonso Reyes, ante los que imaginaban conocerle, ante las miradas —distráidas hasta entonces— de los adolescentes endomingados de las escuelas públicas, al Rubén Darío estatuario y al Rubén Darío cordial, al poeta ya sobre el plinto y al infortunado aventurero de los sueños radiantes. Y, mientras el exégeta hablaba, recordábamos su obra personal, esparcida y escuchada de un modo eficaz por las mismas tierras que el nombre de Rubén ha colmado. Reyes, historiador, crítico, ensayista, está señalado ejemplariamente a sus contemporáneos; y nosotros agradecemos al destino que fuese América la que hablara en esa voz a Madrid, la mañana de otoño, desde la "Glorieta de Rubén Darío" (antes —y siempre— Cisne). José Francés, "La Fiesta de la Raza: Rubén Darío (antes, Cisne)", *La Esfera*, Madrid, 21 de octubre, 1922.

2. El 20 de octubre de 1922, acompañé a Luis G. Urbina a entregar un mensaje que, con él, envió el Ayuntamiento de México al Ayuntamiento de Madrid, y entonces pronuncié el discurso que consta en *De viva voz* (1949, pp. 121-125). En una nota, explico que el párrafo final, allí suprimido, fue destacado antes como página aparte en mi libro *Calendario*, bajo el título de "Voluntario"; lo que me valió la dedicatoria de una sátira de

Manuel Azaña contra la Villa y Corte: "...Castillo famoso: al voluntario de Madrid, Alfonso Reyes", firmado por "El Paseante en Corte" (*La Pluma*, Madrid, III, 30, noviembre de 1922, pp. 389-393). En el propio libro *De viva voz* ("Recuerdo de Azaña", p. 171), he escrito:

...Cuando un día, en cierto acto municipal, yo me declaré, invocando la memoria de Ruiz de Alarcón, "un voluntario de Madrid", él (*Azaña*) que, como español, oía los sordos rumores del descontento, acaso inadvertidos aún para un simple huésped, me llamó suavemente al orden, felicitándose de mi optimismo, pero sin poderlo compartir... (y me dedicó) un artículo que quedará como modelo de la mejor sátira sobre aquella época del sentimiento público, y que tengo por una de las páginas más contundentes y proféticas de su pluma, tan bien tajada y tan bien tajante.

Lo cierto es que hasta mí llegaban los rumores del descontento, pero ni me correspondía recogerlos, y menos en aquella ocasión, ni tampoco me alarmaban como podían alarmar a un español, de suerte que no perturbaban a mis ojos la imagen de aquel Madrid tan plácido que seguramente todos recuerdan con *saudade*, a pesar de los reparos del nuevo Larra.



Glorieta de Rubén Darío

3. La inauguración del curso del Ateneo para 1922-1923 aconteció el 25 de noviembre, siendo presidente de aquella casa el Conde de Romanones, quien quiso que el acto tuviera un sentido americano y nos convidó como oradores al ministro Mario García Kohly y a mí. Yo estaba algo cansado de tanta ceremonia pública, y poco deseoso de participar en este acto, por sospechar que el ministro García Kohly —tipo acabado de "verbo-motor", como se dijo por algún tiempo— iba a incurrir en los habituales lugares comunes sobre la Madre Hispana y las Hijas del Nuevo Mundo, etc., como en efecto sucedió. Pero Romanones me hizo llamar, me reiteró su invitación y... ¿quién resistía a aquella sirena?

—¿Cansado usted? —me dijo—. ¿Un muchacho de sus años? Yo me figuraba tener que habérmelas con un anciano diplomático estropeado por el servicio. Pero, en cuanto lo vi a usted entrar por esa puerta y le eché encima los ojos, me dije: "Este hombre es mío".

Ya he contado en esta *Historia* (cap. x, párrafo C-8), que yo hubiera querido



—Foto A. Reyes

Albergue de marinos en Guetaria

aprovechar en esta ocasión algo de lo que había escrito anteriormente en mis artículos "España y América" y "Sobre una epidemia retórica" (*Ob. Compl.*, iv, pp. 348-351 y 566-571). Pero, con mejor acuerdo, entregué mi texto anticipadamente al Primer Secretario de la Legación de Cuba, el ya enmudecido poeta Manuel Serafín Pichardo, para que él lo mostrara a mi amigo don Mario, y suprimí cuanto me pidió que suprimiera y que hubiera producido la impresión de un contraste irónico. ¡Así quedó de anodino mi discurso! No me arrepiento: vale más una amistad que unas buenas frases.

En resumidas cuentas, hubo tres versiones de este discurso: la primera, censurada por García Kohly y definitivamente eliminada; segunda, la que todavía recogió Diógenes Ferrand, corresponsal en Madrid de *El Universal* de México, y publicada en este periódico por diciembre de 1922; y tercera, la que retoqué después para evitar repeticiones con los artículos mencionados y que puede leerse —aunque no lo aconsejo— en mi tomo *De viva voz* (pp. 117-120: corrija la fecha, que allí aparece equivocada).

Ferrand juzgó mis palabras con simpatía y citó benévolas opiniones de José Francés Rodríguez y Augusto Barcia, a



Ateneo de Madrid. Inauguración del curso.
1) Conde de Romanones; 2) D. Mario García Kokly; 3) Alfonso Reyes.

las que puedo añadir las de Gabriel Maura Gamazo y Angel Ossorio y Gallardo, presentes en aquella sesión. Poco antes, insistía yo en la necesidad —para mí imperiosa— de asear las reflexiones de los hispanoamericanos sobre España y de los españoles respecto a Hispanoamérica en una entrevista: “La ventana abierta hacia América” (*El Tiempo*, Madrid, 8 de marzo, 1921), y en la nota que llamé “Mi Fiesta de la Raza”. (*Ob. Compl.*, iv, pp. 316 y 572).

III. COSECHA DEL AÑO

1. Además de los juicios sobre *Huellas* que he de mencionar más adelante, aparecen en 1922 los siguientes artículos de carácter general:

Antonio Castro Leal, “Alfonso Reyes”, *Chile Magazine*, Santiago, junio de 1922; Mario Puccini, “Note di Letteratura Spagnola”, *Aperusen*, Foligno, julio de 1922; José María Chacón y Calvo, “Alfonso Reyes y su impulso lírico”, Santa María del Rosario, octubre de 1922, publicado en varios periódicos. Los tres artículos han sido recogidos ya en las *Páginas* (sobre A. R.), tomo I, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955.

2. Este año aparecieron también las siguientes apreciaciones sobre mi edición del *Arcipreste de Hita*:

...In his prologue to the *Libro de Buen Amor*, the cultured Alfonso Reyes reminds us that it would be just as extravagant to accept as literally true the thousand and one adventures related by the Arciprest as to make to many excuses for him on account of their incompatibility with his ecclesiastical state or to allege the laxness of his age in explanation of an actual misconduct. Señor Reyes, moreover, declares that “ancient satire, of which our modern satire can give us no idea, had its own laws, like other forms of literature; and one of these laws gave it the right to invent happenings more or less proper, and to relate them as if they were personal actions. Therefore, neither did Dante descend actually into hell nor need we doubt that the Arciprest was any different from the rest of men. Today the “I” is sacred; in these old days it was rather comic. There are few who have a delicate appreciation of the relations between actual life and the works of a poet”... (Thomas Walsh, “Puzzle of a Fourteenth Century Friar”, *The New York Times Book Review*, 17-XII-1922).

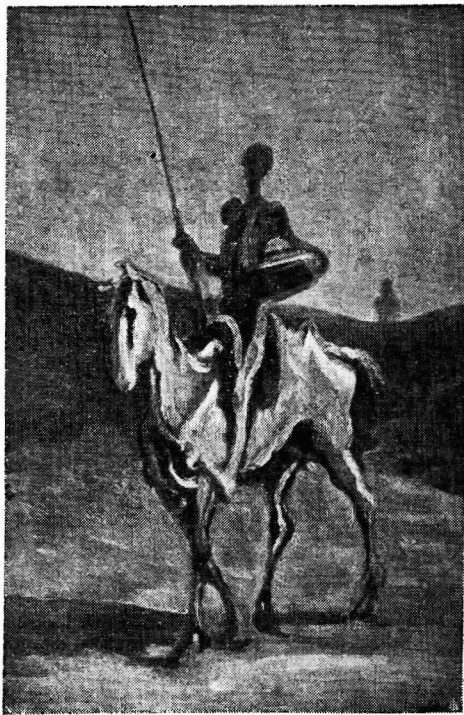
El poeta Thomas Walsh fue un muy distinguido hispanista; tradujo, entre otros, a Rubén Darío y dejó obras inéditas sobre Fray Luis de León y sobre Sor Juana.

DE UN CAPITULO DEL QUIJOTE AL TEATRO DE CERVANTES

Por Ildefonso PEREDA VALDES

EL CAPÍTULO XI del Quijote —“De una extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de las cortes de la Muerte”— es mi trampolín para saltar al teatro de Cervantes. Pero este ensayo abarcaría —en todo caso— no sólo la relación de ese capítulo con el teatro de Cervantes, sino de muchas otras referencias o relaciones más o menos cercanas entre su Quijote y su teatro.

En el capítulo XI narra Cervantes que don Quijote y Sancho se encontraron en el camino con una carreta, que les estorbaba el paso, “cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse”. La carreta venía guiada por un feo demonio. La primera figura que se le ofreció a los ojos de don Quijote fue la misma muerte, con rostro humano; junto a ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; a un lado estaba un emperador, con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; a los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venía también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores, con ésta venían otras personas de diferentes trajes y rostros. ¿Quiénes eran los que así representaban el papel de ángel, del demonio y de la muerte? Unos cómicos ambulantes que iban a representar un auto, en un lugar cercano, y que no se habían cambiado los disfraces por falta de tiempo.



—Pinturas de Daumier
“por la fe de caballero andante”

Don Quijote creyó que se le presentaba una nueva aventura. Pero este don Quijote no es el loco acometido de la primera parte, es un hidalgo reflexivo que no confunde molinos con gigantes, ni ovejas con ejércitos; y se limita a decir: “Carretero, cochero o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a do vas y quién es la gente que llevas en tu carrocoche, que más parece la barca de Carón, que carretas de las que se usan. Deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros, somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la Muerte, y hémosla de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos a vestir, nos vemos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel; aquella mujer que es la del autor, va de reina, y el otro de soldado, aquel de emperador y yo de demonio y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo lo sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza.”

A lo que responde don Quijote, siempre en su sano juicio: “Por la fe de caballero andante, que así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar luego al desengaño. Andad con Dios, buena gente y haced vuestra fiesta y mirad si mandáis algo que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado a la carátula y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.”

La aventura viene después, por culpa de Sancho Panza y su rucio. Y aun así, en plena aventura don Quijote se disculpa con buenas razones: “Ahora sí has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero. A tí, Sancho, toca si quieres tomar la venganza del agravio que a tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.”

La noche que siguió al día del reencuentro de la muerte, la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombríos árboles, habiendo, a persuasión de Sancho, comido don Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio; y entre la cena, dijo Sancho a su señor: “Señor, que tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas. En efecto, en efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando.” Todavía, respondió don Quijote, “si tú Sancho me dejaras acometer como yo quería, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la Emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara a retropelo y te las pusiera en las manos”. “Nunca los cetos y las coronas de los emperadores farsantes, respondió